

¿FELIZ NAVIDAD?

“La Navidad de aquel año fue más bien la fiesta del Infierno que la del Evangelio. Los comercios vacíos y sin luz, los chocolates artificiales o las cajas vacías en los escaparates, los tranvías llenos de caras sombrías, no había nada que pudiera recordar las Navidades pasadas. (...) Las iglesias estaban llenas de lamentaciones en vez de acciones de gracias. En la ciudad hosca y helada, algunos niños corrían de un lado para otro, ignorantes de lo que les amenazaba. Pero nadie se atrevía a hablarles del Dios de otros tiempos, cargado de ofrendas, antiguo como el dolor humano, pero nuevo como la joven esperanza.”

La descripción pertenece a un clásico francés de la literatura contemporánea, probablemente una de las obras más importantes que se hayan escrito después de la segunda guerra mundial. Su autor, Premio Nobel de Literatura en 1957, describe admirablemente la atmósfera de una ciudad acosada y asolada por la peste, que había provocado una era de tortura, terror y muerte en todo el mundo... No creo que Albert Camus llegara a imaginar, cuando escribió *La peste* en 1947, la actualidad que sus descripciones recobrarían para la Navidad del año 2020.

Toda la narración que este existencialista ateo nos ofrece, conduce a la conclusión de que sólo la solidaridad entre los hombres puede ser respuesta adecuada ante la desesperanza que provoca la enfermedad y la muerte, pues —como dice en la misma obra— *“este mundo sin amor, es un mundo muerto”*.

Y he aquí que no una novela, sino una patente realidad, va a poner a prueba este año a quienes dicen creer que Dios es amor y celebran cada Navidad su amor encarnado. El 2020 no permite “navidades”, por primera vez en muchos años. Todas esas cosas efímeras que identificamos con la Navidad (las reuniones familiares, los cotillones de nochevieja, la frenética prisa por gastar en regalos...), todas esas “navidades”, este año pandémico nos están restringidas...

Sólo quienes conocen al Que nace como antídoto contra la muerte, podrán disfrutar y desear de corazón —pues nadie da lo que no tiene— una feliz Navidad. En lugar de llorar por los que ya no están a la mesa, se alegrarán por la certeza del reencuentro que llegará, porque Dios se ha hecho mortal para darnos su Vida eterna. No les bastará la “comunió n espiritual”, pues celebrarán a un Dios encarnado, que no se confinó en los cielos mientras la muerte se cernía sobre el mundo. Como aquellos pastores nocturnos, querrán ver lo que ha sucedido, y no se sentirán satisfechos con que “Jesús nazca en su corazón”, pues desearán adorar su carne recién nacida, y correrán a la nueva “Belén” (“Casa-del-Pan”), que es la liturgia de su parroquia, para abrevarse en el pesebre del Pan de la Vida, algo que sigue siendo imposible por televisión e internet. Y así, de forma nítida, podrán ofrecer ante el mundo una Caridad no amedrentada, que hará palidecer con su espléndido brillo la luz artificial de toda solidaridad bien intencionada, que no tiene en Dios su fuente, y por ello es incapaz de dar verdadero sentido a la vida, al dejar la muerte sin resolver.

Camus nunca supo estas cosas, tal vez porque no vio, en realidad, verdaderos cristianos. Este año, en esto conocerán todos a los verdaderos discípulos de Cristo: en que se aman unos a otros con el amor que vence todo miedo e infunde inquebrantable esperanza. Y nunca como este año saborearán, anunciándola a todos, en qué consiste la alegría irrestringible de una feliz Navidad.